

Los aliados

Insaciabiles

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Carlos Tello... instituyó un subsidio a los dólares.

Los casos de don Francisco y su hijo de igual nombre ilustran de manera muy clara modos diversos de percibir la crisis y de reaccionar frente a ella. Se trata de seres reales. Al mayor de los dos no lo conozco, excepto por uno de sus frutos, y por ello le tengo aprecio y gratitud. Al hijo lo he visto una vez, suficiente para saber de quién se trata. Don Francisco está llegando al cabo de una vida que fue próspera una vez, después de no haberlo sido, y dejó de serlo, por lo que tuvo que trabajar duro para conseguir los centavos necesarios a fin de sostener a doña Carmen y sus tres hijos varones y su única hija. Una historia común, pues. Al cabo de sus días, jubilado, dedica sus ocios a un trabajo que lo entretiene y le permite además seguir ahorrando. Su destino, así, depende sobre todo de la tasa de interés fijado a sus inversiones, de las que espera una vejez sin los sobresaltos que más de una vez lo asediaron cuando era un hombre cargado

de responsabilidades. Con la sabiduría que da la vida bien trabajada y bien vivida, cuando el cuatro de septiembre Carlos Tello anunció la disminución de las tasas, don Francisco no se irritó como la mayor parte de quienes se sintieron agraviados por las decisiones bancarias. Antes bien las aceptó de buen talante no obstante que obraban en perjuicio suyo, a sabiendas de que con ello estaba contribuyendo a que todos saliéramos de la crisis.

Su hijo, en cambio, no oculta su indignación frente a los altos impuestos fijados por el gobierno al consumo, al trabajo, al uso y posesión de bienes. Calcula que casi la mitad de sus ingresos como próspero profesional se los arrebatara el fisco. Y si eso le provoca malestar agudo, más lo irrita el que las alzas desmedidas de los tributos y de los precios tengan como causa el pago de una elevada deuda pública, que según sus convicciones creció por los latrocinios de los funcionarios del sexenio anterior, que ya desplazaron a los del precedente en el lugar de satanización que parece necesario disponer cada seis años para colocar allí al enemigo. Busca este sufrido contribuyente formas de participación que impidan la expropiación fiscal, y naturalmente busca también el castigo a quienes sacaron del país el dinero que todos tenemos que pagar ahora.

Imposible pedir al hijo la solidaridad social que el padre espontáneamente estuvo dispuesto a expresar y ejercer. Es obvia, a mi entender, la causa de la diferente actitud de ambas personas, de la misma sangre, de la misma carne. No obstante que pudiera argüir en su favor circunstancias adversas contra las cuales en algún momento debió enfrentarse, el hijo, como las generaciones que tienen de 45 años para abajo, vinieron al mundo, si pertenecían a los estratos medios, aun los medios lindando con los bajos, en un mundillo de oportunidades y de gratificaciones. Por ello a esta generación la golpea con mayor virulencia la crisis, porque no sólo no ha estado acostumbrada a los padecimientos de la penuria, sino que sufre al ver canceladas o disminuidas sus posibilidades de atesoramiento y de obtención de cada vez mayor número de satisfactores materiales. Para generaciones que tuvieron crecientemente educación, salud, viajes, diversiones y trabajo, es una árdua tarea la de enfrentarse al mundo de la escasez, que sin embargo resulta muy comprensible para sus padres y para sus abuelos, que recuerdan por ejemplo la crisis de 1915, en que se produjo una inflación que los más viejos de la comarca ubican "como en mil por ciento", en medio de una situación en que además faltaban bienes indispensables y la guerra civil hacía precarias la vida y la libertad de todos.

Por eso crece y revolotea, sobre todo en los espacios de la clase media, una rabia que nada parece poder aplacar. El destino inmediato de sus iras es el gobierno, y más particularmente el personal que sirvió en el sexenio anterior, el Presidente incluido. Lo que nos ha contado aquí Manú Dornbierer, y que en versiones diversas se escucha por doquier (acerca del vacacionista que grita un insulto a López Portillo en una playa guerrerense) es un caso que compendia ese profundo malestar contra el gobierno. Porque los que lo ocupan ahora no deben hacerse ilusiones. Es la institución estatal, los ocupantes de puestos públicos, en general, sean políticos o tecnócratas, los que provocan inquina y hasta odio. La política es, hoy más que nunca, a los ojos de los estratos medios, una actividad propia de bandoleros.

Por eso resultan patéticos, y estériles, los esfuerzos gubernamentales para hacerse perdonar por la porción de tales estratos medios que maneja los principales negocios en el país y que a través de la televisión comercial monopolizada han logrado permear la sociedad mexicana con sus nociones políticas, que proponen a la burocracia como el mayor enemigo de las libertades, la eficiencia y la democracia.

Son innumerables las acciones de la presente administración para amistar con los dueños del Gran Dinero. En el fondo de todo, quedó la reforma a los artículos 25, 26, 27 y 28 de la Constitución, cuyo sentido último, independientemente de lo que pueda leerse en los textos (que también tiene lo suyo) es consagrar la actividad privada como una tarea protegida constitucionalmente, cuando que el espíritu del legislador original y casi todos lo que le sucedieron (el Constituyente permanente, pues) consistió, si no en satanizarlas, si en hacer sentir que existía mientras se atuviera a los preceptos de la propia Constitución. Esta legitimación constitucional es el mayor don que el gobierno alguno ha hecho a los negocios privados.

La parcial reprivatización de la banca no es sino una consecuencia de lo anterior. Tiene gran importancia, también más allá de su significación material, porque implica reconocer un crimen. Con ella parece querer decirse: El Estado se equivocó al nacionalizar, acusó sin base a honestos servidores de la colectividad como eran los banqueros, a los que ahora es preciso desagraviar. Esas son las tesis subyacentes a los procesos y declaraciones en torno a la venta de un tercio del capital bancario o tenedores privados. Es un modo de pedir perdón.

No es el único. El gobierno actual parece dispuesto a pagar todos los costos, incluido el de la incoherencia, con tal de bienquistarse con los grandes consorcios. Por ejemplo, veamos el caso de los dólares preferenciales. En público y en privado, Carlos Tello es casi denunciado porque como director del Banco de México instituyó un subsidio a los dólares que se emplearan en actividades productivas. Se citan cifras abrumadoras sobre los montos que eso significó, y de la manera en que ello debilitó a la banca nacionalizada. Pues bien, acaso porque técnicamente no hay otro modo de preservar la planta productiva, o como parte de esta bien coordinada acción para ganar la confianza de los grandes negociantes, el Banco de México no sólo mantiene la existencia de los dólares preferenciales, sino que hasta ha creado una nueva paridad, todavía más barata para los privados, con tal de que éstos puedan adquirir a futuro dólares que les permitan pagar la deuda privada externa, que también es muy abultada.

Necesitaríamos varias ediciones de *Siempre!* para enlistar por entero las medidas de este signo en los dos meses de la actual administración. Baste concluir la corta enumeración que hemos hecho con la impresión privatista que queda después de conocer las historias profesionales de un amplio sector entre los nuevos servidores públicos. Sus anteriores, eminentes servicios a la iniciativa privada, incluso la transnacional, no tardarán en verse en el ejercicio de su cargo, pues llevarán nociones mercantilistas al trabajo público, que es esencialmente político.

Pero como los grandes negociantes son insaciabiles, su modo de responder a este cúmulo de diferencias es la agresividad. No han dejado de ejercerla, pero en Toluca llegó a su peor extremo. Una asamblea de la Concanaco se convirtió en un foro de denuncia de la actividad estatal y de la política en general, con tal virulencia que las juntas llamadas *México en la libertad*, organizadas a fines del sexenio pasado por estos conspicuos representantes del Gran Dinero, parecen foros académicos rituales.

Tan áspera ha sido la reacción de los negociantes de gran envergadura contra el gobierno (el anterior y éste, todos) que hasta el PRI, que no suele caracterizarse por la rapidez y agilidad de sus reacciones, salió al paso del adoctrinamiento, contrario al interés nacional, que se practica a partir de las denuncias, amarillistas las más de ellas, contra el comportamiento estatal, formuladas por los líderes empresariales.

Aliados insaciabiles, los grandes capitalistas no tienen llenadero. Se les puede entregar el país en bandeja, y todavía protestarán si piensan que deben devolver la bandeja. Por eso carece de sentido el elevado costo económico y político en que incurre el Estado cuando, como ahora, corteja a la iniciativa privada. Cuando quiere hacerse simpático, quedar bien, muestra en realidad una condición endeble que es fácilmente aprovechada por los líderes empresariales, políticos hábiles si los hay. Mejor sería en consecuencia, que el Estado se vinculara a los trabajadores, con quienes la historia ha atado con lazos menos tornadizos y más resistentes que los frágiles hilos, entre esos dos aliados desiguales que son la política y los negocios.

